

ÁLVARO QUEZADA

Profesor de Estado y Magíster en Filosofía
Universidad de Chile

SERGIO VODANOVIC ENTRE TRES DICOTOMÍAS

1



La creación dramática de Vodanovic, y esto es particularmente cierto respecto de ciertas piezas singulares, gira en torno a lo político y no abandona tal condición, porque entiende lo político como una expresión de la conducta humana mucho más amplia que la simple competencia partidista por el poder. Para Vodanovic, como lo veremos más adelante, la política es esencialmente una cuestión moral. Por esta razón, su enfoque de los problemas sociales, cuya actualidad – se ve – lo impulsa a escribir juzgando su tiempo, será siempre con una óptica marcadamente moral, entendiendo esta última expresión como el recto obrar de la persona humana.

Desde la perspectiva del platonismo y sus desarrollos posteriores, se tiende a concebir a lo moral y lo político ligado directamente a la idea del bien.¹ Una teoría ya clásica de los valores comprende los valores cognoscitivos como la determinación de lo verdadero y lo falso; los valores estéticos como la calificación de lo bello y lo feo, y los valores morales como la determinación de lo bueno y lo malo. La ética, como especulación acerca de los valores morales, comprendería el ámbito teórico desde el cual la moral sería la práctica. Eso en lo que dice relación con la moralidad. La política no sería sino, dentro de esta misma concepción clásica que mencionamos y cuyo pilar fundamental es el platonismo, la expresión pública del recto obrar humano. Una definición más precisa de la política y de lo político como una dimensión fundamental del ser humano, no aparece en la filosofía occidental sino con Aristóteles. El hombre como animal político es la consecuencia de todo un proceso histórico y filosófico, específicamente del importante crecimiento de las ciudades estado en la antigüedad clásica y una necesaria reflexión sobre la conducción de los asuntos de la polis y las mejores destrezas para cumplir con dicha tarea.

Entrando de lleno a la obra de Vodanovic, es justo señalar que en su creación dramática late una determinada concepción, recogida en las vertientes más recientes del cristianismo de la segunda mitad del siglo XX, particularmente en el así llamado social cristianismo, pilar ideológico de la falange nacional y posteriormente de la democracia cristiana.² No es extraña a este tipo de concepción social cristiana una fundamentación clásica y tradicional de la filosofía moral occidental; esto es particularmente cierto respecto de la filosofía de Platón. Sin entrar necesariamente en la comprensión del fenómeno del cristianismo a la manera de Nietzsche³, es indudable que, salvo los marcados siglos de predominancia escolástica aristotélica – cuya influencia no altera lo esencial –, el cristianismo es, moralmente, una fórmula que recoge las convicciones epistemológicas y morales más sustantivas del platonismo.⁴ Reitero que tales determinaciones no implican reducir el cristianismo a un “platonismo para el pueblo”. Pues bien, estas determinaciones suponen, en primer lugar, la convicción de que existe una

verdad moral que puede ser descubierta por el recto entendimiento. Que esto se opone a la creencia habitual de que existen muchas verdades morales, tantas como puntos de vista humanos existen (relativismo y consecuente escepticismo). Que actuar según la propia conciencia significa seguir a la única verdad moral posible. Que en esto consiste el sentido del deber: seguir los dictados de la conciencia guiada por esa universal idea del bien, cuya expresión pública y política es la ley.⁵

Quiero aclarar aquí algo que puede ser motivo de polémica por parte de los muchos conocedores de la obra de este autor. Las afirmaciones del párrafo anterior no significan que Sergio Vodanovic haya suscrito expresa y públicamente dichas ideas. Solamente quiero señalar que de la lectura de sus obras se desprende tal género de concepciones. Difícilmente puedo dar cuenta de una supuesta filosofía de Vodanovic si no es a través de la lectura de sus obras: hasta donde alcanza mi conocimiento, él nunca transmitió de manera técnica (filosófica o científica) sus postulados respecto de la naturaleza humana y del orden social. Debo admitir, eso sí, que desde la primera obra de Vodanovic que cayó en mis manos – “Los fugitivos” - hasta la presentemente publicada aquí, “El gordo y el flaco”, descubrí las mismas preocupaciones político morales con la clara opción por un idealismo (en un sentido muy común del término) que en boca de sus mismos personajes ha sido tildado hasta de ingenuo.

A mi juicio, y es lo que trataré de mostrar en las páginas que siguen, el mensaje moral inscrito en las principales obras de Vodanovic (excluyo los vódeviles y las obras que fueron objeto de “intervención” colectiva), se mueve fundamentalmente –y no por cierto de manera excluyente- en torno a tres distinciones filosóficas: la dicotomía idealismo – realismo, la dicotomía ley – naturaleza y la dicotomía discurso – acción. Las citas están referidas sobre todo a las obras: “El senador no es honorable” (1951), “Deja que los perros ladren” (1959) y “Nos tomamos la Universidad” (1971).

Digamos antes que el uso de las dicotomías no es un recurso extraño al abordar los problemas filosóficos. Más aún cuando nuestra la naturaleza de nuestra lógica bivalente nos empuja a considerar polarizadamente las posturas, obligando a un examen en términos de antagonismos. He dispuesto ordenadamente las dicotomías, a objeto de que haya desde ya claridad respecto del polo que asume Vodanovic como la postura correcta. Veremos, en lo que vaya apareciendo en la exposición, que la lucha de Vodanovic no se dirige a suprimir un extremo de la oposición, sino a que un extremo sirva de criterio y guíe al otro.

2

La primera de las dicotomías (idealismo–realismo) tiene un largo desarrollo en la historia de la filosofía. Sin embargo, quisiera primero enfatizar en una connotación que no es propiamente filosófica –en un sentido técnico-. Se trata de lo que el sentido común considera como idealismo, que no se opone necesariamente a su significación teórico filosófica. Desde el punto de vista de individuo común, ser idealista significa ser capaz de pensar en un futuro distinto y mejor del que se vive actualmente. Tener un ideal implica encontrarse en un estado de insatisfacción con la actualidad; implica ser capaz de proyectarse en una idea de futuro. Así, por ejemplo, es idealista el joven adolescente que, luego de una actitud crítica –natural a la etapa que le toca vivir-, se aboca a la tarea de construir un proyecto personal de vida que resuelva y mejore las condiciones que le toca vivir y frente a las cuales se ha situado analíticamente. Ahora bien, lo problemático del idealismo – en este sentido tan general- se revela en su distanciamiento, a veces demasiado marcado, con las condiciones reales de la existencia. De manera que se es idealista, una vez en la vida, siempre o bien nunca (lo que resulta difícil de aceptar si recordamos nuestras propias ensoñaciones juveniles). Todos nosotros, hemos de re-

conocer, pasamos por una época de euforia idealista, que puede durar más o menos tiempo, pero de la que difícilmente escapamos. El contacto con la realidad y la necesidad apremiante de asumir cada vez nuevas obligaciones hace mella en nuestras proposiciones de cambio y nos hacemos cada vez más realistas, pero algunos conservamos todavía cierta capacidad de soñar. Mención aparte debe hacerse a la irrupción ensoñadora que asalta a los adultos de mediana edad, en lo que se ha dado en llamar la “segunda adolescencia”.

En fin, sostengo que Sergio Vodanovic —en lo medular de su obra— es idealista, primero, en este común sentido. Frecuentes son las alusiones que se hacen en su obra a esta misión que les correspondería a los jóvenes de cambiar el mundo, de terminar con los vicios personales y sociales y darle un nuevo sentido a la vida humana, ya sea en el ámbito privado o público. Es una constante de su producción dramática, de lo que podemos encontrar muestras en “El senador no es honorable”, por ejemplo, cuando el profesor Altamira se conmueve de haber pensado que los jóvenes harían los cambios que necesitaba la actividad política.⁶ Lo mismo puede decirse de las dudas de Octavio, hijo del funcionario Esteban Uribe, en “Deja que los perros ladren”.⁷ También, por cierto, en “Nos tomamos la Universidad”⁸ son frecuentes las alusiones a la juventud como reserva moral y revolucionaria de la sociedad. En los conflictos planteados en otras dos obras inéditas como “Girasol”, sobre un ex preso político que vuelve con su mujer al balneario de sus primeros años de matrimonio, y “El gordo y el flaco”, en el caso de un exiliado que retorna a encontrarse con su hermana y su cuñado en la idea de reconstruir su pasado. En estas últimas, sin embargo, se deja ver la actitud más bien nostálgica de los personajes que ya no son tan jóvenes y que miran hacia atrás intentando recuperar su temprano idealismo.⁹

La experiencia que se repite en toda esta producción teatral es la de una energía vital que se apaga con los años. Hay inicialmente el deseo de cambio, el afán revolucionario, pero pronto se diluye en las obligaciones que impone la vida adulta. Sobre este punto, es importante destacar que Vodanovic no rehúye explicar el por qué de esta merma en el primitivo idealismo juvenil. A su juicio, ésta reside en la búsqueda de seguridad y bienestar, encarnada sobre todo en la figura femenina. “El senador no es honorable” revela el enorme tradicionalismo de cierta clase social y política chilena de mediados del siglo XX, al mostrar el chantaje al que es sometido Lorenzo por su madre y su prometida a fin de que no desprece la posición social del puesto de senador y la seguridad material que ella le reportaría.¹⁰ Ligeramente distinta es la exposición del problema en “Deja que los perros ladren” —quizás debida al machismo implícito en la obra anterior. En ésta es el mismo Esteban Uribe, el jefe de salubridad social que, creyendo hacer lo mejor para su mujer y su hijo, se deja sobornar por el ministro con el fin de asegurarse una mejor situación económica.¹¹ Es la familia la que presiona, objetivamente o desde la conciencia, para asegurar un puesto, ya sea en un ministerio, en el senado o en la Universidad. Sólo que, con ello, se desprece y echa por tierra aquello que hacía que la vida fuera más digna de ser vivida.

La decisión de Vodanovic de destacar el conflicto de los personajes en plena juventud o que miran nostálgicamente su pérdida, decisión que valora el papel de los jóvenes como reorientadores de la vida humana hacia los grandes ideales morales y sociales, tiende a hacernos percibir en este autor una cierta ingenuidad filosófica y política.¹² Creemos ver, por momentos, una negación a crecer, como si ello protegiera y salvara de los vicios del cinismo realista. Pero eso significaría simplificar demasiado las cosas. Una percepción más adecuada obligaría a reconocer que Vodanovic sí tiene en cuenta las condiciones reales de la práctica social y política, sólo que honestamente piensa que se puede aspirar a que ésta se conduzca según principios, los cuales, según apre-

ciamos, son entendidos por el autor como eternos y universales. Y con ello pasamos a examinar el segundo sentido en que pienso Vodanovic debe ser considerado un idealista.

Desde el punto de vista de la tradición filosófica, queremos situar este idealismo que nos interesa en el temprano platonismo, particularmente en la doctrina que supone que la realidad sensible es una burda imitación de una realidad ideal¹³, modelo de todo lo que existe. He usado a propósito la expresión “temprano platonismo”, porque quiero resaltar el primer período de la producción de este filósofo, aquél que tiene como figura a Sócrates y su conocida polémica con los sofistas. Pienso en particular en dos de estos maestros de virtud: Protágoras y Calicles. El primero de ellos afirmó que “el hombre es la medida de todas las cosas”, abriendo con ello el camino del relativismo moral y, por ende, del escepticismo acerca de la existencia de principios universales, particularmente los relacionados con los asuntos morales. Calicles, en cambio, en el diálogo platónico “Gorgias”¹⁴, hace depender la justicia exclusivamente del derecho del más fuerte. Ambas doctrinas repugnaron en su tiempo tanto a Sócrates como a Platón. Y ello porque éstos pensaban que debía existir un único principio del bien y de la justicia, que sirviera de fundamento al orden moral y social. En los personajes principales que, aparentemente, expresan el punto de vista que el autor quiere someter al juicio de los espectadores (por ejemplo, Esteban Uribe, Lorenzo Cruz hijo y Arnaldo en las obras ya citadas), se aprecia la misma aspiración, si bien no se emplea dicho nivel de discurso. Se trata más bien de que los antagonistas dramáticos de estos personajes afirman aproximadamente lo mismo que los adversarios teóricos del platonismo. La postura del Ministro frente a Esteban consiste en relativizar los principios morales y la idea de justicia para ponerlos al servicio del poder.¹⁵ El presidente del partido presiona a Lorenzo Cruz para que acepte el cargo de su padre, haciendo apología de la ley del más fuerte¹⁶, asunto que nos recuerda también la concepción de la naturaleza humana de Hobbes¹⁷ y más recientemente de Nietzsche. Ramón, por último, en “Nos tomamos la Universidad”, descalifica como iluso a Arnaldo por no tener bien puestos los pies en la tierra.¹⁸ Se trata de una filosofía en dilemas, la misma que se repite en Vodanovic no sólo a lo largo de estas obras. Y el autor no puede ocultar su simpatía por uno de los extremos de la dicotomía, la que rescata el carácter supratemporal de las nociones eternas y universales. De ahí su más profundo idealismo.

3

La segunda dicotomía que descubro en la obra de Sergio Vodanovic se refiere a la distinción entre ley y naturaleza. Ciertos personajes de Vodanovic –precisamente aquéllos que, a mi juicio, no gozan de su predilección– gustan de definir la naturaleza humana de una determinada y conocida manera. Desde esta concepción, el hombre –el ser humano– sería un ser egoísta por naturaleza, esto es, buscaría siempre su propio beneficio y no tendría escrúpulo alguno para conseguir por cualquier medio sus fines. En este estado de cosas, llamado por Hobbes el “estado de naturaleza”,¹⁹ en que cada individuo vela por sí mismo y a expensas de los demás, se haría necesario un contrato social, un compromiso entre los individuos que permitiera, por una parte, que cada uno pudiera cuidar de sus propios intereses y, por otra, protegerse de la avidez del resto. Expresión de este compromiso es, por supuesto, la ley. Tal como en la dicotomía idealismo-realismo, Vodanovic toma partido por uno de los extremos, pese a lo cual no puede evadir el reconocimiento de esta cruda concepción de la naturaleza humana. Está claro que de no existir tal estado de naturaleza (actual o latente), no sería necesario acudir a la ley. Si el estado de naturaleza fuera en esencia solidario, si el hombre no fuera “un lobo para el hombre” –como afirma Ignacio Pinto, el presidente del partido en “El senador no es honorable”–²⁰, entonces no haría falta recurrir al compromiso. Es el

contrato el que da lugar al Estado y a su cuerpo normado en la ley. Pienso que Vodanovic acepta el concepto de que la naturaleza humana es fundamentalmente egoísta (aunque no exclusivamente) y que, en la euforia juvenil, como vimos más arriba, se produce una borrachera dionisiaca de comunidad humana y cósmica. Pero es sólo una ilusión, puesto que las obligaciones familiares (sobre todo éstas) nos traen de regreso a la tierra, al mundo sensible y humano de las disputas, de las zancadillas, de las prebendas, de la manipulación y humillación que padecemos y hacemos padecer a los otros. Aunque, por otra parte, me parece entrever que el autor piensa que hay un tipo de sujetos, formados en la más tierna tradición familiar cristiana, que son capaces de hacer pervivir en ellos, más allá de la efímera juventud, todos los buenos sentimientos y valores de la fraternidad humana. Ellos viven la ingenuidad de manera permanente. Pero el conflicto interno que Vodanovic les hace vivir, les hace a su vez caer en la cuenta de que, efectivamente, son unos ingenuos, que lo que creían ver en el mundo humano era sólo un espejismo, una ilusión. Y sucede allí, precisamente, un trastocamiento de los mundos, al estilo de la filosófica polémica histórica entre Platón y Nietzsche. Es como si, al despertar, no pudiera sino expresar: "He ahí que el mundo que creía verdadero era pura ilusión".²¹ Ellos son, por ejemplo, el Lorenzo de "El senador no es honorable", el Esteban de "Deja que los perros ladren", el Arnaldo y el Panchito de "Nos tomamos la Universidad", el Miguel de "Girasol", en fin, tantos otros personajes que aparecen en cada obra de este autor y que exhiben conflictos similares. El desenlace, por otra parte, siempre es un seudodesenlace, es un tercer acto abierto para lector y espectador. Nada está resuelto y es sólo una lucha que hay que dar, que hay seguir dando para impedir que el abuso impere sobre la ley y para que el altruismo y la solidaridad triunfen sobre el egoísmo.

Distínganse aquí dos vertientes de la preocupación moral de Vodanovic. Una en que, más que una apelación a los buenos sentimientos y a los valores humanos, hay una apelación al respeto a la ley. El funcionario Uribe y el hijo del senador Cruz son personajes estrictamente respetuosos de la ley. Se niegan a seguir las presiones del medio, porque conocen su primera obligación moral: aplicar la ley.²² Ahí está el énfasis del conflicto al que están sometidos por su propia conciencia. Sin embargo, hay otras obras en que el conflicto moral está centrado más en los valores personales de los individuos, valores que son parte de su propia naturaleza y que luchan con el egoísmo natural por ganar un espacio en el alma humana. Los deseos de pertenencia de Silvia y el idealismo cristiano de Arnaldo en "Nos tomamos la Universidad",²³ son gestos expresivos de esta vertiente que sugiero. En "Girasol", por ejemplo, obra de marzo del 2000, Miguel defiende su decisión de no someterse a las presiones económicas de su cuñado, apelando a la solidaridad con su amigo muerto y con su propia memoria. Hay aquí, estamos ciertos, más un recurso a los propios sentimientos y valores que al ciego respeto a la ley. Los propios camaradas -ex compañeros de lucha- le abandonan y él persiste, reconociendo incluso que por esto es un ingenuo... y que lo será siempre.²⁴

Hay un aspecto adicional al que quiero referirme. Se trata de la ya común distinción entre legalidad y legitimidad o, dicho de otro modo, lo que es legalmente justo y lo que es legítimamente (moralmente) justo. Vodanovic está consciente de que la existencia de la ley no resuelve el problema de la justicia en la convivencia humana. Puede que exista la ley, pero puede que la ley no sea justa, es decir, no responda a una idea de justicia universal y eterna, condiciones éstas que se entreleen en la creación del autor, como afirmamos antes. En rigor, lo legal no tiene que ser necesariamente "bueno". Y he aquí lo capital de la discusión:

"Octavio: Pero las leyes pueden ser malas, papá. / Esteban: No les corresponde discer-

nir a quienes las aplican”²⁵. Lo que está preguntando Octavio es en realidad: ¿Es bueno o no cerrar «La Razón»?; Esteban responde: No me corresponde discernir si es bueno o no; lo que me corresponde es si se ajusta a la ley. Sin embargo, su hijo, el joven, se siente autorizado a cuestionar la ley; él debe legitimar la ley, debe hacer que la ley sea también buena. “Si estuviera en tu lugar, me sentaría en la ley”²⁶, dice en un momento Octavio. Más tarde acentúa su postura crítica ante la ley, esta vez refiriendo a lo que ha descubierto acerca de la justicia y el bien, luego de que su padre cediera ante las presiones del ministro. El bien para Octavio ya no es lo que su padre y la escuela de leyes le enseñaron. Lo bueno es tener éxito, lo que nos reporta beneficios, no lo que está escrito en un código legal. Octavio siente que adelantó mucho respecto de su padre; no quiere perder el tiempo en los idealismos que Esteban acuñó antaño. Demoró antes de darse cuenta de cuál es el verdadero camino: hay que vivir en este mundo y no en el de los libros.²⁷ El desenlace, sin embargo, pone en camino del “recto sentido” de la ley a Octavio. Descubre, con su madre, que el éxito material no tiene sentido si no existe un ideal moral por el cual luchar. La reivindicación de su progenitor y la denuncia de los políticos corruptos, le dan contenido a esa tarea.²⁸

4

La tercera dicotomía es la de discurso y acción y está directamente ligada a la primera dicotomía examinada (idealismo–realismo). La discursividad es una condición del entendimiento que permite no sólo establecer relaciones entre los objetos y los hechos, sino también señalar cómo podrían ser y, más aún, determinar cómo deberían ser estas relaciones. En el “deber ser” se hace doctrina, se establecen normas, preceptos. Se dice lo que está permitido y lo que no lo está. Luego, podemos decir que la ética es la moral hecha discurso. El discurso ético es la teoría de los valores morales y, por lo tanto, es “enseñanza” moral. Pero, reitero, sigue siendo discurso. Y el discurso es, finalmente, palabras o... palabrería. El discurso es, entonces, lo que digo, no lo que hago; es declaración de principios, a lo más de intenciones. Pero no es acción concreta, no es realización. Valga esta “palabrería” como introducción a una distinción también presente en las obras de Vodanovic. En “Deja que los perros ladren” Esteban increpa duramente a Cornejo por su actitud cínica frente a la corrupción política mientras espera dar una buena educación a su propio hijo de quien espera sea un buen profesional, quizás un buen periodista, honrado y honorable, que no esté obligado a ceder a las presiones del poder económico y político.²⁹ Sin embargo, a juicio de Esteban –quien sostengo habla por Vodanovic–, no se puede hablar de moral con los billetes en la mano. Los hijos viven con nuestros vicios, los observan y los juzgan, no aprenden de nuestros sermones sino de nuestros actos, de lo que efectivamente hacemos. Antigua doctrina ésta la del aprendizaje por observación. Contra lo que muchos creemos, no dejamos de imitar a temprana edad, lo seguimos haciendo con los años, nuestros padres son nuestros primeros modelos. Pero no sólo la familia es el lugar donde aprendemos de lo que hacen los otros: todo el cuerpo social nos enseña un “modus operandi”. Es frecuente encontrarse con la excusa “pero si todos lo hacen” entre quienes son sorprendidos burlando una disposición. Decimos con ello que, para el común de la gente, es natural y es normal lo que es habitual. La corrupción produce corrupción, el vicio produce vicio. Pero es verdad también a la inversa: la probidad genera probidad y actuar virtuosamente produce virtud. Al menos eso queremos creer los ingenuos educadores profesionales o aficionados.³⁰

Lo que sí está claro es que juzgamos la consecuencia o inconsecuencia de alguien en relación a la coincidencia entre discurso y acción. Nos parece consecuente y tiene crédito aquél que hace lo que dice. Somos duros, sobre todo respecto de los demás, cuando descubrimos a alguien en flagrante inconsecuencia. En “El senador no es hono-

nable", si juzgamos a cada uno de los personajes en relación a este criterio, sin duda que los más consecuentes serían Ignacio Pinto y Andrés. Desde trincheras opuestas, postulan valores, actitudes y conductas hacia las cuales permanecen siempre fieles y actúan coherentemente y en consecuencia. El presidente del partido sostiene un acendrado realismo moral, por oposición al joven Andrés que defiende una moral idealista hasta las últimas consecuencias. Lo mismo cabe decir, aunque desde otra perspectiva, de la madre de Lorenzo, Beatriz. Ella mantiene lealtad a la memoria y al legado de su marido, defiende la familia, su buen nombre y su propia seguridad económica. Jamás se mueve de esos parámetros y es capaz de usar todos los medios a su alcance (como Ignacio) para conseguir sus objetivos. Menos consecuentes son el Profesor Altamira y el periodista Farías, que, pese a desempeñar eficaz y eficientemente su labor, dejan ver debilidades de mala conciencia.

En "Nos tomamos la Universidad", Ramón, el dirigente designado de la brigada que participa en la toma, es el ejemplo claro de la inconsecuencia. Repite el discurso del virtual Felipe, gusta de las frases y de las acciones de propaganda, pero es el primero en bajarse del movimiento una vez que ha asegurado su propia posición futura en la Universidad. Por oposición a ello, Arnoldo permanece fiel a su propia conciencia y a los principios que abrazó en la formación de la Falange Nacional y posteriormente en la así denominada Revolución en Libertad. Su consecuencia no admite arreglos ni prebendas, mantiene una sola línea.

5

Las tres dicotomías aquí señaladas constituyen un acercamiento a las ideas y valores filosóficos que subyacen en la obra de Sergio Vodanovic. Me ha parecido conveniente centrarme en la producción más conocida del autor, previa a su trabajo con el Grupo Ictus, donde deja en evidencia la presencia de estos dilemas. Sobre la actualidad de estas cuestiones no basta sino informarse del devenir político por los medios. Cada uno de los vicios, inmoralidades e inconsecuencias siguen presentes en nuestra vida privada y pública. Una reflexión moral, cual sea el lugar desde donde se realice —un ensayo documentado, una obra de teatro, una novela o una poesía—, no es señal de ingenuidad, más bien denota una gran valentía, coraje para mirar las cosas de frente, espíritu crítico para no aceptar lo dado como necesariamente válido y verdadero y juventud permanente para ser capaz de soñar con una vida mejor vivida.

Toda interpretación es arbitraria. No estoy inventando nada nuevo al señalar esto. Sin embargo, existen evidencias, en las obras mismas, de que el autor consideró muchas de estas cuestiones al escribir su producción dramática. No estoy suponiendo que haya usado un esquema similar al expuesto como recurso metodológico previo a la escritura; sería ello una pobre concepción del trabajo de un artista. Pero sostengo que laten, en la obra de Sergio Vodanovic, profundas preocupaciones respecto de la vida moral y política, las mismas que he querido sistematizar en la tríada de antagonismos en este breve ensayo.

1 Para una breve pero completa caracterización del platonismo, véase "El Pensamiento Antiguo", Rodolfo Mondolfo, Tomo I, Editorial Losada, 1974. Para una revisión completa, acuda a "Diálogos", Platón, Editorial Porrúa, México, 1976.

2 A este respecto, véase el estudio "Deja que los perros ladren de Sergio Vodanovic, Desarrollismo, Democracia Cristiana y Dictadura", Hernán Vidal, Revista Iberoamericana, 114 - 115, Enero-Junio de 1981.

3 Puede decirse que son escasos los escritos de este pensador donde no lance sus diatribas en contra de Platón y del Platonismo. Puede consultarse a este respecto las ediciones de Alianza Editorial, con traducción de Andrés Sánchez Pascual.

4 "Historia de la filosofía", Julián Marías, Manuales de la Revista de Occidente, Madrid, 1973.

5 "El Pensamiento Antiguo", Rodolfo Mondolfo, Tomo I, Editorial Losada, 1974, págs. 250 a 261.

- 6 He venido "...a instarlo que no acepte esa candidatura, que no se entremezcle en los negocios de su padre con Ignacio, que aproveche esta magnífica oportunidad que se le presenta para gritar la verdad. Ustedes son jóvenes, Andrés. ¡Ustedes pueden hacerlo!". "El senador no es honorable", Apuntes Escuela de Teatro, PUCCH.
- 7 "Cornejo:... Nos equivocamos de edad. Creíamos que teníamos entre veinte y veinticinco años. Tratar de limpiar toda la mugre que nos rodea no es tarea para nosotros, es para los jóvenes. Toda época tiene una tarea para su juventud...". "Deja que los perros ladren", S. Vodanovic, en Teatro, Editorial Nascimento, Santiago, 1978.
- 8 "Violeta: ¿Te digo una cosa? Hay sólo una época en que se está dispuesto a la entrega total, a darlo todo por una buena causa, un ideal, un amor. Ustedes mismos no se dan cuenta y están viviendo esa edad. Y yo quiero estar con ustedes...". "Nos tomamos la Universidad", S. Vodanovic, Editorial Universitaria, Santiago, 1970.
- 9 Estas dos obras citadas no han sido aún publicadas. La lectura de las mismas ha sido posible gracias a la gentileza de la Sra. Betty Johnson, viuda del dramaturgo.
- 10 "Alicia: Los héroes hace mucho tiempo que murieron. No se puede luchar contra todo. Es absurdo. Además... piensa en mí. ¿Te gustaría vestida de cualquier manera? ¿Amargada por una vida para la que no he nacido?" (...) Fariás: ¿Qué le hizo cambiar de decisión? Yo hubiera apostado que nada le haría ceder... / Lorenzo: ¡Me cercaron! ¡Los políticos, mi novia, mi madre!" Obra citada, Apuntes PUCCH
- 11 "Esteban: Todo lo que estoy haciendo es por ti y por Octavio y parece que me estuvieras reprochando el que progrese..." Obra citada, pág. 77. "(...) Perdóname Carmen, estaba ciego. Creí que obraba bien. Pensaba en ti y en Octavio y no me daba cuenta..." Obra citada, pág. 102
- 12 "Esteban: Un ingenuo. ¡Si pudiera volver a ser un ingenuo! ¿De qué me sirve todo esto? ¿De qué? Volver a ser... otra vez... igual que antes..." Obra citada, pág. 92
- 13 Véase la obra ya citada de Rodolfo Mondolfo, "El pensamiento antiguo".
- 14 "Diálogos, Platón, Editorial Porrúa, México, 1976.
- 15 "Esteban: ... Me estás pidiendo que abuse de mis funciones. / Ministro: Es una de las prerrogativas de los jefes. Tú sabes el dicho: 'el jefe que no abusa, pierde su autoridad'" Obra citada, pág. 43
- 16 "...hay compactas muchedumbres de seres cobardes, llenos de escrúpulos, que siempre han encontrado motivos para dejarlos de lado. Y lo lamentable es que se torturan inútilmente, porque lo que ellos creen que es proceder mal, no es sino actuar conforme a la ley natural..." Obra citada, Apuntes Escuela de Teatro, PUCCH
- 17 "Leviatán", Thomas Hobbes, Capítulo 13, Alianza Universidad, 1996.
- 18 "Ramón: Nunca faltan los ilusos. Los que creen que por arte de magia va a surgir la sociedad y el hombre nuevo. No es que yo no sea idealista. No. Lo soy. Pero también hay que tener los pies en la tierra." Obra citada, pág. 127
- 19 "De esta guerra de cada hombre contra cada hombre se deduce también esto: que nada puede ser injusto. Las nociones de lo moral y lo inmoral, de lo justo y de lo injusto no tienen allí cabida. Donde no hay un poder común, no hay ley; y donde no hay ley no hay injusticia. La fuerza y el fraude son las dos virtudes cardinales de la guerra." "Leviatán", Thomas Hobbes, Capítulo 13, pág. 109, Alianza Universidad, 1996.
- 20 "Ignacio: ... Vivimos entre lobos y cada uno debe tratar de sacar la mejor parte. Todo el que puede hacerlo lo hace y sólo aullan a la luna los débiles, los que jamás han tenido oportunidad de lograr nada, los que por no haber recibido nunca un tarascón, se imaginan que sus semejantes son inocentes ovejas." Obra citada.
- 21 "Arnaldo (a Pancho que solloza por la posibilidad perdida): Vamos. Hay que irse. Se acabó la toma. No hemos perdido la guerra hombre. Apenas una guerrilla. ¡Hay que seguirla! Ya te acostumbrarás. Ya te acostumbrarás." "Nos tomamos la Universidad", S. Vodanovic, pág. 132, Editorial Universitaria, Santiago, 1970.
- 22 "Esteban: ¡La teoría de la ley! Lo que ella significa, la importancia que la ley tiene para los hombres. El único medio para evitar el abuso, el abuso del físicamente más fuerte, del económicamente más poderoso, del que detenta la fuerza y el poder..." "Deja que los perros ladren", S. Vodanovic, pág. 50, en Teatro, Editorial Nascimento, Santiago, 1978.
- 23 "Silvia: ... Y yo, que siempre fui muy sola, quise ser uno de esos monigotes; formar en esa cadena de manos entrelazadas. Mi padre murió siendo yo muy niña y si bien había olvidado sus monigotes de papel, conservé siempre ese anhelo lejano: Estar junto a otros. Pertenecer." Obra citada.
- 24 "Miguel: Somos un par de tontos, ¿no? / Leonor: ¿Qué duda cabe? / Miguel: Lo siento, pero no puedo ser de otra forma" Girasol, Fotocopias, marzo del 2000.
- 25 "Deja que los perros ladren" Teatro, Sergio Vodanovic, pág. 65, Editorial Nascimento, 1978.
- 26 Ibid. Pág. 66
- 27 "Octavio: Justamente por eso papá, es que he abandonado mis estudios. He descubierto lo que demoraste veinte años en descubrir; hay que vivir en este mundo, no en el de los libros; hay que adelantarse a los demás, antes de que ellos nos lleven la delantera. Yo quiero ganar desde la partida. No me contento con una casa en el barrio alto. Mis ambiciones son mayores. ¡Quiero ser un triunfador papá!" Ibid. Pág. 90
- 28 "Octavio: ¿No acaba de decir que ésta es tarea para los jóvenes de hoy? Pues bien, yo soy joven. Quiero estar en la batalla. ¿Ves mamá? ¿Y yo que estaba pidiendo una causa por la cual luchar?" Ibid. Pág. 116
- 29 "Esteban: ¡Imbécil! Sí, le he dicho imbécil... Pero nuestros hijos nos miran, señor Cornejo. Están acostumbrados a mirarnos. Es inútil decirles: Hagan lo que les digo, no lo que yo hago. Llegará un día —que no está muy lejos, no—, en que su hijo dirá que le importa un bledo la opinión pública, que no se interesa por los grandes diarios, que él sabe cómo perfeccionar su receta, cómo hacer más dinero a costa del escándalo..." Ibid. Pág. 97
- 30 "Esteban: ... Anteayer mi hijo me dijo que no va a seguir estudiando leyes, que entrará a la política, que se dedicará a los negocios, que no quiere reconocer la realidad —¿lo oyó?— "la realidad", cuando ya tenga mis años. No sé si será tarde pero yo quisiera mostrarle otra realidad a mi hijo. Es la oportunidad que usted también lo haga. ¿Me entiende ahora?" Ibid. Pág. 98